

# España, 1914:



En cualquier momento, de uno u otro punto del globo, podía saltar la chispa de la guerra. Las sucesivas crisis de Tánger, Bosnia y Agadir estuvieron a punto de provocarla. Pero sería el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo durante 1914 —hecho que recoge el grabado— la causa originaria de la I Guerra Mundial.

## La difícil neutralidad

**Jesús Longares Alonso**

*Aunque, sin duda, la Primera Guerra Mundial no se explica por el exclusivo juego de los acuerdos internacionales de los países, y hay una multitud de fenómenos sociales, económicos y culturales que adobaron el enfrentamiento, conocer el proceso diplomático que desencadenó el conflicto resulta muy instructivo para comprender la delicada situación en que se encontró España pocas horas después de haber Alemania declarado la guerra a Francia.*

**D**ESDE 1904, y a raíz de un acuerdo firmado entre Francia e Inglaterra, Europa se encuentra dividida en dos bloques antagónicos que se oponen en ideología política, afanes nacionales y mercados económicos. Por un lado, los Imperios Centrales: Alemania, Austria e Italia; por otro, la Triple Entente: Inglaterra, Francia y Rusia. Las fricciones entre ambos grupos no se dejaron esperar. Actúan como zonas de enfrentamiento dos territorios: Marruecos y los Balcanes. En Marruecos se enfrentan las aspiraciones imperialistas francesas e inglesas sobre la totalidad del norte africano, con los intereses económicos alemanes de protección y fomento de sus compañías comerciales allí radicadas. En los Balcanes, al afán expansionista austriaco se opone la protección occidental a los movimientos nacionalistas allí existentes y el miedo ruso a un engrandecimiento Imperial que vaya en contra de sus ambiciones expansionistas.

De uno u otro punto podía en cualquier momento saltar la chispa de la guerra. Antes de 1914 hubo ya tres crisis que, de modo inesperado, no tuvieron transcendentales consecuencias. En 1905 es en Africa (Tánger); en 1908 en los Balcanes (Bosnia); en 1911 la tensión retorna a Marruecos (Agadir); en 1914 —la definitiva— será otra vez en el Este europeo: Sarajevo.

¿Qué posición ocupaba España en esta partición europea? ¿Con cuál de los dos bloques se encontraba comprometida? Desde la pérdida de Cuba en 1898, nuestra política exterior tiene un sólo objetivo: conseguir las mayores ventajas territoriales y económicas posibles en nuestra actuación sobre Marruecos. Ya se han quedado atrás los viejos ideales europeos del siglo de Oro; la dura realidad nos ha despertado también de los sueños de un imperio ultramarino al desaparecer Filipinas y Cuba. Sólo nos queda todavía la influencia marroquí.

Pero actuar en el Norte de Africa implica firmar acuerdos con las otras potencias también interesadas en el mismo ámbito geográfico, sobre todo Francia cuyos intereses argelinos y marroquíes son patentes. De aquí que sea preocupación principal de nuestros ministros de Asuntos Exteriores llegar a acuerdos franco-españoles que diriman zonas de influencia y actuación de cada uno de los países sobre el mismo territorio. Este es el sentido del tratado firmado en 1904. Pero siempre se ponía especial interés —así lo manifiesta Romanones— en desligar nuestros afanes africanos de todo posible compromiso con la política de bloques que las potencias europeas llevaban.

Caducado el tratado de 1904, Francia y España tienen interés en una renovación de los acuerdos. Pero esta vez **nuestro vecino continental** observa la necesidad —dada la situación mundial general— de firmar un tratado que, junto a la limitación de fronteras de protectorado, contenga una declaración de mantener el **statu quo** mediterráneo, dado que de nada serviría pactar sobre una pequeña zona, que inevitablemente quedaría arrasada, si el panorama general del norte africano se altera por influjo, sobre todo, alemán. Para robustecer el pacto se acude también a Inglaterra, y así en 1907 se concluye el acuerdo hispano-franco-inglés por el que nos comprometemos, junto a las otras dos potencias, a mantener la situación de influjos y protectorados existentes entonces en nuestro mar del sur.

Tras la firma del acuerdo, el rey inglés Eduardo VII realiza una gira por el Mediterráneo. Alfonso XIII le espera en Cartagena y se entrevista con él. Más tarde, el buque pone rumbo a Italia con afán de ampliar a este país —localizado en la órbita alemana— los compromisos del **statu quo**.

Cumplido el plazo de vigor del tratado de 1907, se renueva por los tres países en los mismos términos de antes. Es 1913; sólo meses más tarde se iniciará la guerra mundial. Si el conflicto en vez de haber estallado en el polvorín balcánico lo hubiera hecho en el afri-



Desde la pérdida de Cuba en 1898, la política exterior española tiene un solo objetivo: conseguir las mayores ventajas territoriales y económicas en nuestra actuación sobre Marruecos, cuyo conflicto simbolizamos aquí en este convoy que conduce agua al fuerte de Rostrogordo, situado en la zona de protectorado.

cano, sus consecuencias para España hubieran sido imprevisibles. Al no haber sido así, nuestro país gozaba de una cierta capacidad de maniobra.

Mantener, según nos obliga el acuerdo de 1913, junto a Inglaterra y Francia, la situación en el mar interior europeo era una tarea tan cargada de responsabilidades como se quisiera interpretar. Que al acabar la Gran Guerra se alteraría el mapa mediterráneo en uno u otro sentido era claro; que, sin embargo, aún no se había modificado en los primeros meses de guerra, era también evidente. La situación internacional española en agosto de 1914 es, por tanto, indecisa. Acuerdos había, obligaciones también. Hasta dónde se extendían unos y otros dependía sólo de lo que quisieran exigirnos los otros dos firmantes —Francia e Inglaterra— que eran, precisamente, los dos países cabeza de uno de los grupos beligerantes en el conflicto desatado.

Romanones no fue político de visión histórica amplia. Casi todo lo solucionó con intrigas y conversaciones de pasillo, pero es apreciable su opinión de por qué Francia no exigió nuestra beligerancia: las necesidades agrícolas e industriales que ocasionó la guerra en todo lo que a material, vestimenta y avituallamiento

se refiere, fueron en gran parte cubiertas por España, que trabajó en estos meses casi sólo con miras a la exportación. Si Francia nos exigía una entrada en la contienda, podía producirse —piensa el Conde— que la riada de material perdiera fluidez y así autoyugular su intencencia. Por otra parte, y además, España no tenía malquerencia alguna a Alemania. Las dos casas reales mantenían espléndidas relaciones; Alfonso XIII hacía poco que se había entrevistado con Guillermo II en el **Friederich Karl**; mucho capital alemán se encontraba invertido en España... Si el gobierno francés pedía cuentas de nuestros compromisos firmados, se podía producir una reacción popular hostil que, aunque no desembocara en una beligerancia a favor de los Centrales, sí que podía llevar a que las tropas francesas estacionadas en los Pirineos tuvieran que mantenerse allí ocupadas, en vez de poder disponer de ellas en la zona del Rin.

Lo cierto es que a las horas de haberse declarado la contienda entre Alemania y Francia, Dato en Madrid afirma la imparcialidad y no surgen, de momento, voces de cancillerías extranjeras que la pongan en tela de juicio.

### NEUTRALIDAD EXIGIDA POR LOS ESPAÑOLES

Tras recorrer el arduo camino de los tratados, se llega a la conclusión de que no fueron sólo estos los que obligaron nuestra neutralidad. Esta partió principalmente de una causa íntima popular: España **no quería** ir a la guerra. Aquí, igual que en Italia, lo mismo que en Rumania, no tuvimos ganas de luchar.

Movilizar un país supone más que alistar unas tropas. Implica un hervor popular, algo que defender, un enemigo odioso contra quien luchar. Sin la explosión nacionalista de finales de julio producida en Francia y Alemania, no hubiera podido haber guerra mundial. La juventud europea lanzada a la calle, es el espectáculo de unos hombres dispuestos a ofrecer su vida por un ideal.

Y esos ideales no existen en España, ni nos son propios los que están en lucha. «El permanecer neutrales en un momento en que están en lucha todos los pueblos que tienen un ideal nacional —escribe Cambó en **«La Veu de Catalunya»**, 20-VIII-1914— significa que nosotros no tenemos ninguno; que los españoles no desean nada, que no tienen colectivamente ni odios ni amores, ni deseos ni esperanzas»; pero es así. La neutralidad es el traje que corresponde a nuestra medida: «Hemos de ser



En 1907 se concluye el acuerdo hispano-franco-inglés sobre Marruecos, por el que los tres países se comprometen a mantener la situación de influjos y protectorados existente entonces. Algo más tarde, Alfonso XIII se entrevistaba en Cartagena con el rey británico Eduardo VII, al que vemos junto a su esposa Alejandra.

neutrales en la guerra, porque no podemos ser otra cosa», finaliza el político catalán.

No es el líder de la Lliga el único que piensa de esa manera. Hacia pocos meses que Unamuno había dejado escrito: «Esto es una miseria, una completa miseria. A nadie le importa nada de nada». Y sobre el aire español se seguían oyendo frases vehementes, similares a las de nuevos profetas de viejos tiempos: «La vida de nuestras provincias, muertas —es Ramón Jaén quien se lamenta—, detenida en siglos pasados, sin alegrías ni tristezas... dejando pasar el tiempo».

En un país así, la posibilidad de entrar en guerra sólo produce un inmenso miedo: el agosto de 1914 fue mes de contenido pavor. Por la frontera pirenaica, extranjeros sorprendidos en tierra española vuelven con rapidez a su país. El movimiento es continuo. «Vi salir —cuenta Eugenio d'Ors en **Cartas a Tina**— un tren de reservistas franceses... En el andén de la estación sus familias les decían adiós con una dignidad perfecta. Ni un grito. Pocas lágrimas».

En dirección contraria, apretados trenes vienen a España. Nuestra embajada se ve abrumada por el trabajo de acelerar el pasaporte de los emigrantes. «Por millares —cuenta el embajador— empezó el éxodo. De todas las colonias extranjeras fue la nuestra la que sintió con más fuerza los efectos del miedo.» Son hombres que huyen espantados. Llegan a España en la más completa miseria. Barcelona se ve asaltada por una riada de retorno, que viene pobre, sin familia ni lugar donde albergarse. Acampan por los alrededores de la estación; duermen en los paseos y portales al tibio ambiente veraniego de la ciudad.

Todo es negativo en el mes de agosto. «¿No es milenario el momento? —sigue diciendo D'Ors—: el sol que se eclipsa, el Papa que se muere, la guerra universal encendida... Un editor de aquí ha publicado las profecías de Malaquías y la gente acude a comprarlas».

Historiadores ha habido que, a los treinta años del hecho, volviendo la vista atrás, se han lamentado de la decisión neutral de Dato. Ciertamente su posición no fue airosa, fue simplemente popular. Porque en el pueblo español apareció un férreo instinto de conservación que hizo preferible un presente mediocre pero pacífico a un futuro brillante, nebuloso y bélico. Fernández Almagro retrata la situación:

«El sempiterno **anti** español de aquel momento, única seria realidad nacional, era éste: "Nosotros, a la guerra, no"».

Un cronista político, olvidando ideales, reconoce positivamente impresionado, que «hoy

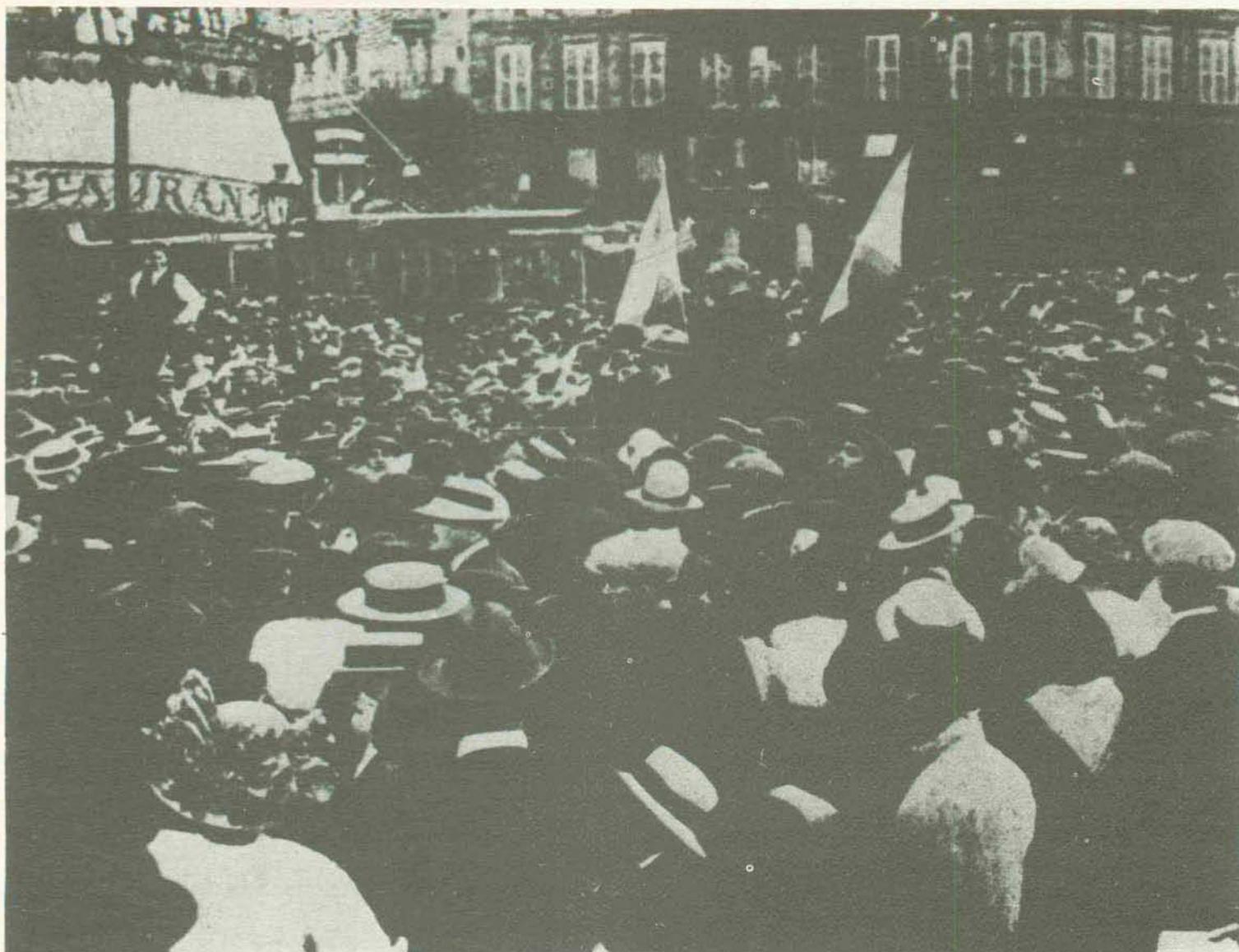


Las casas reales de España y Alemania mantenían espléndidas relaciones, como quedó demostrado en la entrevista que mantuvo Alfonso XIII con Guillermo II (en la imagen). Por otra parte, mucho capital germano se encontraba invertido en España. Difícilmente, pues, nuestro país podía alinearse frente a los alemanes.

andamos más cerca de Sancho que de Don Quijote».

\* \* \*

No pudo Dato declarar más que la neutralidad. El pueblo así lo exigía. La estructura política española, por otro lado, no admitía lo contrario. La Constitución, en su «largo caminar» de cuarenta años, había producido un desgaste en la autoridad ejecutiva de los gobiernos. Tras la caída de Maura (1909) y el asesinato de Canalejas (1912), se comprendía que los ministerios sólo podían ser de pequeña gestión. Quien ocupaba la presidencia reconocía que los problemas había que tratarlos, pero nunca resolverlos de forma que sus consecuencias fueran un legado inaceptable para los que —mañana mismo— ocuparían el poder tras él. Una movilización era un problema de volumen superior a los que se podía afrontar. Teniendo las Cortes en débil mayoría, el propio partido no compacto, el Rey inmóvil ante decisiones no unánimes... sólo se podía adoptar la medida que supusiera no tomar medida, o, al menos, aplazarla. Por esto la neutralidad no fue, políticamente, una afirmación, sino una negación. No erraba Cambó al afirmar que el Gobierno Dato tuvo «como



único programa una negación, la negación de la neutralidad».

Aunque se puso de moda felicitar a Dato por su neutralidad, posiblemente a otro Gobierno no le hubiera quedado camino distinto. En los politiqueros de cortas miras, la neutralidad «de Dato» fue un instrumento de gran valor esgrimido por el partido conservador para su mantenimiento en el poder. Este simple hecho le dotó de mucho prestigio, sobre todo tras las voces belicistas de Romanones y Lerroux, que luego se verán.

### LOS VAIVENES DE LA NEUTRALIDAD

Desde agosto, pues, la posición oficial española —el Rey y su Gobierno parapetados tras la negación de la neutralidad— encaminará el rumbo de sus simpatías en el exterior hacia el sol que más alumbre. Primero serán los aliados, luego Alemania; al fin, dada la incertidumbre, la habilidad de Alfonso XIII creará el prodigioso balancín de la **Secretaría de Desa-**

**parecidos**, que nos pondrá a bien con todos, y a mal con ninguno.

Al pintoresquismo de las tertulias madrileñas le dio por hablar sobre la división política del Palacio de Oriente. El Rey —se decía— es germanófilo, pues llevaba sangre Habsburgo; la Reina aliadófila, fiel a su familia... Mantengamos oculta la opinión de tan importantes personas, al tiempo que dudamos de la transcendencia y valor de sus simpatías. Veamos, en cambio, los vaivenes que la política exterior oficial española dio en los primeros meses de guerra.

\* \* \*

Aunque siempre pareció rotunda la decisión no intervencionista española, el Gabinete estaba más desconcertado de lo que puertas afuera parecía. El temor no era por nuestra causa, sino miedo a la acción de los demás. Ya sabía toda Europa que no queríamos pelear, y toda España temía que Europa nos hiciera luchar.



Sin la explosión nacionalista de finales de julio de 1914 que se produjo en Francia y Alemania, no hubiera podido sobrevenir la guerra mundial. La juventud europea lanzada a la calle es el «espectáculo» de unos hombres dispuestos a ofrecer su vida por un ideal. Ello quedó patente en la movilización francesa, cuyos primeros momentos refleja esta foto, tomada en la parisina estación del Este el 2 de agosto de 1914.

Para impedir toda reclamación francesa, tenemos nuestra neutralidad, en un principio, con la bandera tricolor: el modo menos comprometido de ser fieles al pacto de 1907. El 2 de agosto, Lema —ministro de Estado— telegrafía al titular de la embajada en París: nuestra neutralidad permite al Gobierno francés disponer de sus tropas situadas en el Pirineo: somos los guardaespaldas de Francia. El hecho constituye más que un menoscabo de nuestra neutralidad, un modo de mantenerla intacta ante posibles exigencias francesas.

Pasan los días. Los ojos están fijos en las operaciones: las tropas francesas rechazadas en Mulhose; Alemania penetra, cae Lieja, Amberes, Bruselas... Y mientras por la prensa se observa la asombrosa avanzada germánica, un día de agosto, en un periódico madrileño —«El Diario Universal», 19-VIII-1914—, órgano del partido liberal, amanece un artículo encendido y brillante, con la vibración de una arenga. Se titula «Neutralidades que matan». Aunque sin firma, se sabe que el autor es Romanones, líder del partido en la oposición. Se trata de un chispazo belicista en la acurrucada España del momento, un descorder el velo que el miedo a la intervención por compromisos franceses había fabricado:

*«España, aunque se proclame otra cosa desde la Gaceta, está por fatalidades económicas y geográficas, dentro de la órbita de atracción de la Triple Inteligencia... España además, no puede ser neutral, porque, llegado el momento, el momento decisivo, la obligarán a dejar de serlo.»*

*... La suerte está echada... la neutralidad no es un remedio; por el contrario hay neutralidades que matan...»*

El día 5 se reúne el Consejo de Ministros. Sobre la mesa se amontonan las Gacetas que anuncian nuestro antibelicismo..., pero sólo se habla de la guerra. La conclusión, lacónica, afirma que no habrá movilización pero que se tomarán medidas de seguridad.

Medidas de seguridad: los 20 primeros días de agosto están presididos por la idea de la invasión alemana de Bélgica sin previa declaración de guerra. Este hecho adquirió un volumen sentimental insospechado. El pequeño país vino a ser el mártir de Europa. Su ocupación fue explotada con mayor éxito por los aliados que si hubiera constituido una victoria de sus ejércitos. Y España, entonces, se contempló también débil e indefensa como una segunda Bélgica. Débil, indefensa y además indecisa, para saber si la «invasión» de España se debería a Francia o a Alemania. Se comprendía que nuestras costas mediterráneas y atlánticas eran interesantes para cualquier combatiente; que España era la espalda de Francia y el puente de Africa; que el Mediterráneo no sería un mar desarmado...

Sólo al nerviosismo del 18 de agosto hay que atribuir responsabilidades sobre este escrito. Según la atmósfera se vaya descargando, Romanones dará, uno tras otro, pasos de retracción. Mirando el pacto de 1907, la inquietud de una Francia vasallada en sus fronteras, y la impotencia de su ejército, le parece inminente a Romanones un ultimátum francés que nos obligará en su ayuda, ahora que tan precisa le era.

Alfonso XIII llamó a Romanones a Palacio. El Rey aceptó, cuenta el Conde en sus Memo-

rias... Estábamos en las redes de una parte de la Europa dividida; ¡qué podemos hacer contra esto! Nuestro interés y nuestra obligación corren caminos diversos. No era la primera vez que ello ocurría entre los países europeos al estallar la guerra; ya lo habían sufrido grupos antibelicistas de otras naciones: «El mismo problema en nosotros que en los socialistas franceses, que en los socialistas alemanes... y nosotros (como ellos) hemos íntimamente contestado: llegado el caso, cumpliremos... **nuéstro deber**». Es Eugenio D'Ors quien escribe estas líneas, resumiendo así la posición senequista del país.

Sólo queda esperar «la llegada del caso». El 20 de agosto, España se resignó a pertenecer a Europa.

Pero los días pasan y nada ocurre. Alemania

avanza, Francia retrocede. Y mientras el temor a una reivindicación francesa se difumina, una unánime nube de polvo y protesta se levanta por el artículo del «**Diario Universal**». Mal golpe para la siempre anhelada popularidad de Romanones. Es la protesta de los que han de coger las armas; la protesta de sus padres y allegados; se debaten sentimientos más íntimos que los que unen a Romanones con su partido y sus afiliados. Y mientras Alemania ocupa Namur y Charleroi, la nube neutralista asalta los corazones de los españoles, que alargan la distancia ya existente entre ellos y la política oficial.

\* \* \*

Agosto ha terminado, y con los primeros días de septiembre aparece en las calles de la capital francesa un pasquín del Gobierno militar:



Eduardo Dato, jefe del Gobierno y al que contemplamos despachando con Alfonso XIII, no pudo declarar otra cosa que la neutralidad en la I Guerra Mundial. El pueblo español así lo exigía y, además, nuestra estructura política no admitía lo contrario: la Constitución había producido un amplio desgaste en la autoridad ejecutiva de los Gobiernos.



«El Diario Universal», órgano del partido liberal, publicó el 19 de agosto de 1914 un artículo explosivo: «Neutralidades que matan», aparecido sin firma pero que rápidamente todo el mundo identificó con Romanones (sobre estas líneas, en el centro). En él, el líder de la oposición mantenía una postura belicista pro-germana.

*«Ejército y Pueblo parisino: Los miembros del Gobierno han abandonado la ciudad para dar un nuevo impulso a la defensa de la Nación.*

*He recibido orden de defender París contra el invasor.*

*La cumpliré hasta el fin».*

Francia esconde su Gobierno al abrigo de Burdeos. El avance es arrollador. Se palpa ya el fin del conflicto. Este solo pensamiento es capaz de despejar todo miedo.

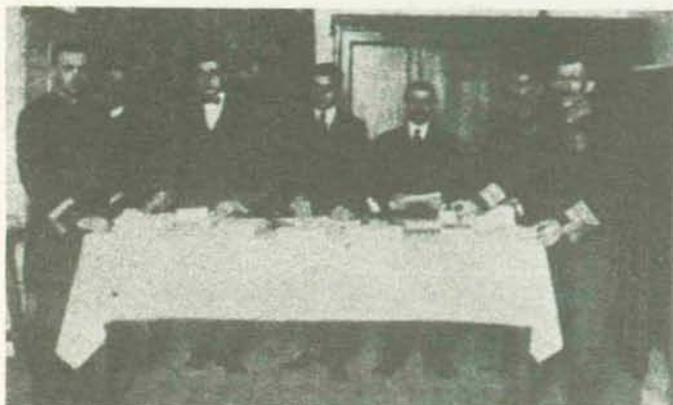
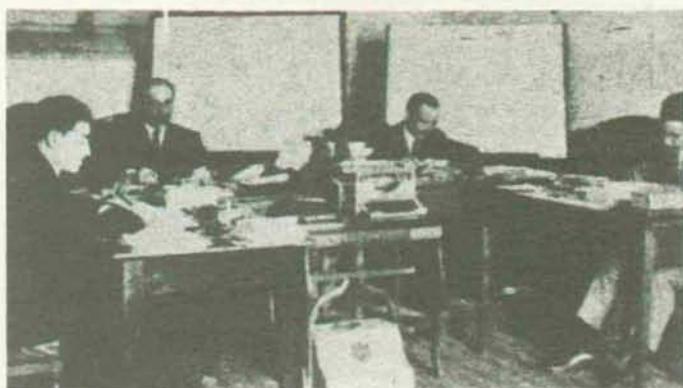
Buena oportunidad se ofrece a España de vencer una guerra en la que ningún disparo ha efectuado. Ha vencido Alemania en los campos de batalla y en la cabeza de los gobernantes de Madrid. Mientras los embajadores en París de todos los países se disponen a seguir al Gobierno, el nuestro, Villa-Urrutia, recibe orden de permanecer y esperar. Esperar al triunfador y, cuando todo acabe, ofrecer los servicios de una mediación que nos erigirá en vencedores junto al vencedor.

El telegrama cifrado enviado por el ministro de Asuntos Exteriores a Villa-Urrutia, mandándole seguir en París, es mal traducido por el intérprete. Nuestro embajador parte rumbo

a Burdeos en pos del gobierno francés creyendo cumplir órdenes. De inmediato es sustituido. Su sucesor será **Espinosa de los Monteros**, diplomático del que nos dice Romanones: «Era muy calificado como germanófilo, y el más adecuado para recibir en la capital de Francia al ejército invasor». El Gabinete madrileño es unánime en sus aspiraciones de erigirse en mediador de paz entre el occidente y el centro de Europa. Por un lado tenemos una abierta simpatía hacia la potencialidad alemana. Nuestro afecto hacia ella es tan notorio que el archiduque Federico escribe al emperador —lo cuenta Von Tirpitz en sus Memorias— afirmando que pronto España será parte del núcleo Central. Pero junto a nuestra ostentosa amistad germánica, contamos con toda una tradición occidental. El ministro Lema escribe a su embajador en Francia: «Nuestra situación de neutralidad es la más conveniente para Francia e Inglaterra, dado que nuestro auxilio armado no sería eficaz y que podemos prestarles servicios más sustanciosos cuando la guerra ofrezca coyunturas de



Tras un avasallador comienzo alemán en la guerra, las tropas francesas parecen resucitar, iniciándose un insospechado duelo de poder a poder. El triunfo de Francia en el Marne, comandadas por el mariscal Foch —al que vemos—, inclinaría en buena parte la contienda hacia las tropas aliadas.



La política de balancín cultivada por España tiene a los ojos de Europa un protagonista: el rey. Y un instrumento conciliador: la «Secretaría de Desaparecidos», que funcionaba en el propio palacio real —varias de cuyas dependencias utilizadas para este fin recogemos—, a través de la cual se pudo mantener una neutralidad simpatizante con ambos bandos.

negociación para las que nosotros pudiéramos ser útiles» (1-IX-1914).

Y otra vez la espera. A la espera intervencionista del 20 de agosto sucede la mediadora de primeros de septiembre.

De pronto, en la mañana del día seis, las tropas francesas resucitan de su muerte. Empieza la batalla del Marne; se inicia un insospechado duelo de poder a poder. Tras un Marne positivo, da comienzo aisne... y el fin diplomático pensado se aplaza, desaparece.

Cierto es que si la posibilidad de una victoria en la paz se ha esfumado, lejos quedó también el intervencionismo armado. Nos vemos libres, pero también solos. Y es entonces cuando cobra su vigor la política de balancín presidida por la persona que cara a Europa

podía adquirir valores de asepsia partidista: el Rey. El Soberano español —dirán los periódicos— se ofrece a ser enlace de todas las personas que, teniendo familiares en la guerra, no sepan dónde se encuentran.

Y esta medida repleta de valor político, originará un hecho difícilmente conseguible: «Que en cinco idiomas diferentes —como dirá Eulalia de Borbón— se invoque a Madrid con el nombre de Palacio de la Misericordia».

«¿No será ésta una buena obra de amor, y a la vez la mejor y la más eficaz de las políticas?», se pregunta un periodista. Alfonso XIII concede una «interview» a Adolfo Posada en el mes de noviembre. En ella se ve claramente cómo la «Secretaría de Desaparecidos» fue un modo de mantener una neutralidad simpati-

zante con ambos bandos. «Había sido preciso realizar —se lee— una labor complicada y fina: despertar una igual confianza en todos los beligerantes respecto a la lealtad de España». La idea procedía del Gobierno, pero «tenía que manifestarse como una acción personal del Monarca para que todo ello se produjera cubierto con la hipótesis tan ingeniosa de la irresponsabilidad ministerial».

### INTERVENCIONISMO AFECTIVO

Asentada en una neutralidad sin matices la posición oficial de la cancillería española, las opiniones del pueblo y de los políticos tuvieron amplio campo abierto para su expresión. Todo lo miraba receloso el Gobierno. Tras los esfuerzos y las desilusiones invertidos para conseguir no entrar en la guerra y mantenernos a bien con todos, parece que a los partidos les ha acometido una fiebre de inconsciencia al barajar con animosidad la posibilidad de una participación mental en la guerra.

Aquí Dato navegaba contra corriente. El río de los hechos iba en dirección a una progresiva

inclusión afectiva en el conflicto. Si felicitaciones obtuvo por la neutralidad, de cerrilismo se le motejó su incompreensión a todo otro tipo de participación (Sagasta).

Septiembre fue el mes de la neutralidad comprometida. Una vez convencidos de que el desarme español es respetado, se inicia la guerra civil de ideas como explosión vital que surge tras la asfixia del temor. Son los momentos en que los políticos buscan sus clientelas en el río revuelto de las desmoralizaciones que la guerra ha producido. Por estrechísimas visiones políticas, Lerroux y el reformismo se proclaman aliadófilos, como Vázquez de Mella pide una alianza con Alemania. No rebusquemos los razonamientos que esgriman en su defensa; nos desalentarían. No sin razón, el hecho de que empezara la guerra de opiniones cuando todos estaban convencidos de que no pasaría de palabras, recordó a unos historiadores de hace cincuenta años —Olmert y Torres, en su biografía de Romanones— las bravuconadas que suelen utilizar los aficionados taurinos cuando se hallan sólidamente aposentados en su barrera ■ J. L. A.



La no participación de España en la I Guerra Mundial evitó que se produjeran en nuestro país escenas como esta dramática cola para conseguir alimentos en una ciudad inglesa de provincias. Al contrario, aprovechando su papel de proveedor de las potencias, España gozó entonces de un período de prosperidad económica.